

NO DO

EL MAESTRO GÓMEZ MARÍN

«Gómez Marín es un tesoro, como el de la lengua castellana que escribió Covarrubias y que glosó en la Casa de los Pinelo»

SI ayer lo escribía el maestro Burgos, hoy lo hace un servidor. Vaya por delante que el igualitarismo es una de las falacias más asentadas en los cánones de lo políticamente correcto. Y que uno está muy baqueteado para comulgar con ruedas de molino. En este oficio siempre hubo maestros y aprendices. Y uno, que está en el segundo grupo como es evidente, cuenta entre los primeros al referido Burgos —los cursis lo llamarían referente— y al sabio



FRANCISCO
ROBLES

Gómez Marín, que el domingo ingresó en la Academia de Buenas Letras: no confundir con esas letras devueltas que son los escritos más divulgados en esta ciudad de las trampas.

Decía Borges que no se enorgullecía de las páginas que había escrito, sino de aquellas que había leído. Eso nos pasa a algunos. El íntimo orgullo que llega hasta los límites de la vanidad —somos sevillanos para lo malo y para lo peor— se hace presente cuando nos

vanagloriamos de contar entre nuestros amigos con gente de la talla de Gómez Marín, un sabio que domina todos los palos del enciclopedismo. Un ilustrado que sabe diseccionar un natural con la mano baja, un intelectual al que no le estorban sus milenarias lecturas para emocionarse delante de un Nazareno. Un renacentista en la Sevilla barroca.

Pero por encima de esta capacidad para la ética y la estética, para la razón y la pasión, para la cultura y el conocimiento, late el corazón que lo ha llevado a comprometerse con la verdad. Y en la cima, esa virtud que no está de moda: la bondad. Porque este maestro de tantas cosas es un hombre bueno. Un día me lo dijo mientras

entrábamos en Cádiz. La bahía como una metáfora de la libertad. Y en sus labios una frase que ya está grabada en la memoria. Primero hay que ser bueno. Después llegará lo demás. No es una simpleza. Es la espadaña de esa torre que ha ido construyendo con su esfuerzo, con su sabiduría, con su privilegiada inteligencia. Una torre coronada por la bondad.

En estos tiempos adánicos en los que el personal nace sabiéndolo todo, vaya por delante el agradecimiento a los que tanto nos enseñaron y nos siguen enseñando. Sin dobleces. Sin ojana. Por derecho. Es un auténtico privilegio tenerlos tan cerca. Gómez Marín es un tesoro, como el de la lengua castellana que escribió Covarrubias y que glosó en la Casa de los Pinelo. Ayer lo escribió el muy querido Antonio Burgos. Y hoy lo hace un servidor.